

S A18 01330-05



DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1871

EN LA

ACADEMIA CIENTÍFICO-LITERARIA

DE LA

JUVENTUD CATÓLICA DE VALENCIA

POR

D. VICENTE GADEA OROZCO,

DOCTOR DE PREMIO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,

LICENCIADO EN FILOSOFIA Y LETRAS,

Catedrático auxiliar de la facultad de Derecho en la Universidad literaria de esta capital, Vicepresidente de dicha Academia y de la de Legislacion y Jurisprudencia, etc. etc.

EN EL SOLEMNE ACTO

DE LA

ADJUDICACION DE LOS PREMIOS OBTENIDOS EN EL CERTAMEN

celebrado por la referida Academia.

Biblioteca de la Facultad de Derecho

Donativo

del Catedrático Dr. Pérez Pujol

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

1871.





Señores:

En la série no interrumpida de los tiempos que constituyen la historia; en el órden gradual de las generaciones que forman la humanidad y llenan los siglos, destácase una época en la que la Europa se ofrece á la mirada del observador como maravilloso mosaico cuyos puntos oscuros son los castillos feudales que ora se detienen, como atrevidas águilas, en las mas elevadas cimas, ora se levantan, como preciosas esmeraldas, en los valles mas amenos y floridos; descúbrese una generacion que se adormece al acompasado grito del centinela y admira como la aurora estiende sus dorados rayos y hace sonreir á la naturaleza toda al repetirse en su seno los ecos de los clarines que llaman al combate; existe un período llamado de hierro, en el que la paz es una generosa aspiracion y el estruendo de las armas el único sonido que retumba en el desconcierto universal y se agita una generacion cegada por el torbellino de las correrías, trabajada por la

pugna de los poderes, fatigada por contiendas que no tienen fin, y por enemigos que se reproducen sin cesar á la manera como renace y se desarrolla la dañina yerba en el campo que el labrador riega con sus sudores y prepara con su plausible solicitud.

No tacheis, señores, de inoportuno este recuerdo histórico, no se resista vuestra mirada, siempre escrutadora, á contemplar un fenómeno que sorprende en ese instante de la vida de las naciones, ya que esclarecer puede lo difícilísimo de mi situación al ocupar este sitio en día tan solemne y al dirigir mi voz á un auditorio tan distinguido como ilustrado.

Y en efecto; en esa época en que el hombre, niño aun, recibe una educación robusta y varonil en medio de los juegos militares; doncel, sirve á las órdenes de algun baron ilustre por sus gloriosísimas proezas y temple su alma para la guerra en las facciones y en los simulacros; escudero, cruza lanzar para dar las primeras pruebas de su valor y su denuedo; caballero, cubre su cuerpo con la cota de malla, lleva pendiente del tahalí su cortante espada y defiende con el yelmo su cabeza, se proclama sin miedo y sin mancilla, busca el fragor de los combates, y se esfuerza en inmortalizar el emblema de su escudo libertando á la inocencia que gime entre cadenas, ó conteniendo á la Granja que cual ardiente lava se empeña en avasallar todo; descúbresé un momento en que tiembla el campeón más aguerrido, vacila el adalid que ofusca al mundo con el brillo de sus proezas, y duda de lo certero de los golpes el caballero más invencible y laureado.

No es menester decir que momento de tanta vacilación y de tanta duda no era otro que aquel en el que lucía sobre



el nublado horizonte de la edad media el iris de paz de las justas y torneos, la expresion mas elocuente del espíritu guerrero y caballeresco que vivificaba á la sociedad de aquel entonces.

Y ¿sabeis, señores, por qué? Porque si bien al campo de la realidad reemplazaba la arena del simulacro, iban los caballeros á romper lanzas, no en la confusion del combate, sino en presencia de la dueña de sus pensamientos; no en defensa de una vida de la que habian abdicado en medio de su entusiasmo, sino con el propósito de conservar en la pelea el brazalete, la banda ó el lazo, obra de las manos de la amada de su corazon ó desprendido de sus adornos; no con el deseo de que su nombre llegue á la posteridad, sino aspirando tan solo á merecer el fuego de una mirada, el dulce movimiento de una sonrisa, el hálito imperceptible de un suspiro de la Reina de la fiesta.

Ahora bien; si episodio tan singular es de advertir en la época caballeresca y contemplais en mí al adalid que se lanza al palenque sin tener templada el alma para tan vivas emociones: al campeon que baja á la arena desnudo de la cota de malla del saber y de la erudicion; al guerrero que corre al combate sin la espada de la severa crítica y sin el yelmo de la inspiracion, no extrañeis que se dibuje el temor en mi semblante, la vacilacion en mi palabra y la duda en la eleccion, toda vez que á semejanza de los caballeros de la edad media acudo á este torneo católico á romper lanzas en presencia de la Reina de la fiesta, que es la Concepcion Inmaculada, ante los ojos de la dueña de mis pensamientos, de la amada de mi corazon, que es la Juventud Católica de Valencia; Juventud, señores, que si no deslumbra por el lujo de los trajes, por el brillo de las piedras preciosas, por el



movimiento de los plumajes, por las largas colas y ajustados corpiños de las antiguas damas, luce y lucirá siempre, en medio de la oscuridad que nos rodea, por su arraigado catolicismo y por su profunda adhesión á la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Pero á la manera que en tales solemnidades, el paladin que no recibia el premio del combate, al compás de los vítores y aclamaciones, ni oia repetir su nombre al són de armonioso laúd, contaba siempre con una sonrisa de gratitud y con una mirada de cariño, espero con verdadera ansiedad que el movimiento de aquella sonrisa asome á vuestros lábios y que brille en vuestros ojos el fuego de esta mirada, toda vez que si la divisa del caballero era en aquellas edades *por mi Dios y por mi dama*, dice el lema del jóven católico, que yo ahora simbolizo, *por mi Dios y por su Iglesia Santa*.

Mas si tan consoladora persuacion tiende á articular voces y á emitir ideas, las circunstancias especialísimas que me rodean, cortan las alas á la fantasía y debilitan la fuerza de la voluntad; ya que si fijo la mirada en la Reina de la fiesta, la vislumbro sentada sobre un trono de Candor, mas blanco que la nieve, y en el cual luce como una *rosa mística* ó como la *estrella de la mañana*, servida por los mas hermosos ángeles que forman en su presencia dulce concierto de arpas y armonías, y la proclaman *refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, Reina concebida sin mancha*; si presto atención á los ecos que resuenan aun en este recinto, llegan á mí los acordes de la poesía tan arrebatadores como el murmullo de la fuente que interrumpe el melancólico silencio de la noche, como el dulce trino de alegre ruiseñor ó como el blando arrullo de las tórtolas; si di-

rijo mis ojos hácia los que han venido á ennoblecer esta fiesta, contemplo á la porcion mas bella de la humanidad, la que, elevada por unos á la categoría de ángeles, y deprimida por otros á la condicion de mónstruos, bien puede pasar por un trasunto del cielo, si es que á los encantos de la naturaleza, aduna los de la virtud.

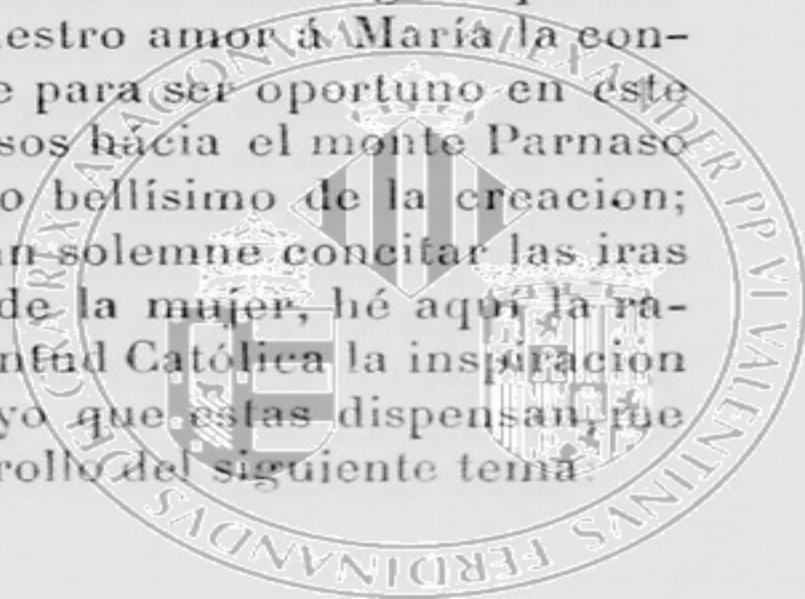
Ahora bien: ¿cantará mi voz la gloria de los Cielos, saludará á la sublimidad de las musas ó encomiará la escelsa condicion de la mujer? Si el satisfacer esta pregunta fuera dudoso ante un auditorio que no sintiese correr por sus venas las purísimas máximas del catolicismo, se presenta despejado y hacedero al dirigirme á una Academia que funda toda su gloria en el triunfo y propagacion de las doctrinas que emanan del Calvario.

Y esto es así; porque enaltecer en vuestra presencia las glorias de la Virgen, evidenciar como se armonizan en su privilegiada naturaleza la fecundidad y la integridad, la maternidad y la virginidad, fuera repetir el himno que se escapa sin cesar de vuestros lábios, y desconocer vuestra condicion de verdaderos católicos, á quienes no abaten los dogmas por mas que sean la espresion elocuentísima de profundo misterio; ya que lo esclarecido de la razon revela que nada hay en la vida tan bello, tan grato, tan arrebatador como las cosas veladas por el misterio; la pureza del espíritu gusta de los sentimientos que se agitan oscura y confusamente, como el amor casto y la amistad virtuosa; y lo esquisito de la observacion, que contempla á Dios como el gran secreto de la naturaleza, y no estraña que las religiones de todos los paises hayan tenido sus cosas impenetrables, hace que cautiven los dogmas y misterios de nuestra augusta religion, que no consisten en las palabras prodi-

giosas de las palomas de Dodona, como entre los celtas; en las emanaciones de las cuevas encantadas, como en la India y en la Persia; en los ecos de las montañas santas, como en la Escitia y en la Etiopia; en el rumor de las encinas sagradas, como en las Galias y en la Escandinavia, sino en el poderío y misericordia del Padre Celestial, y en la pequñez de los que cruzamos el mar engañoso de la vida.

Además, advertid que para delinear tan solo las grandezas de María, fuera indispensable pedir al cielo sus astros, su lucidéz; á la tierra sus mas ricos metales, sus piedras mas esquisitas; á las flores sus aromas, á la rosa sus atractivos, al clavel sus colores purpureados, al lirio su vida solitaria, á la azucena su blancura, y á la vegetacion entera su magnificencia; y aun así, aun atribuyendo á la Reina de los Angeles la incorruptibilidad del cedro, la esbeltéz de la palma, la fecundidad de la vid, la elevacion del ciprés, y lo suave y abundoso del olivo, seria pálido mi bosquejo ante el que trazaron los infatigables Damascenos, Taracios, Metodíos y Epifanios; los incansables Agustinos, Ambrosios, Gerónimos y Crisóstomos, ó los inspirados Anselmos, Bernardos, Aquinos y Buenaventuras.

Si no es menester que me esfuerce en conseguir que dirijais la mirada al cielo, ya que vuestro amor á María, la conduce de continuo, no hay duda que para ser oportuno en este instante ó he de encaminar mis pasos hacia el monte Parnaso ó he de esclarecer el complemento bellissimo de la creacion; y como fuera desacertado en dia tan solemne concitar las iras de las musas ó despertar el enojo de la mujer, hé aqui la razon por qué deseando para la Juventud Católica la inspiracion que aquellas suministran y el apoyo que estas dispensan, me proponga armonizarlas en el desarrollo del siguiente tema.



«La mujer es en la sociedad lo que la poesía es en la literatura.»

Tan delicado es el cuadro que me propongo bosquejar y cuyo asunto revela la misma proposición que para efectuarlo con la lucidez que vuestro sentimiento estético reclama, debería poseer la energía en el dibujo de Miguel Angel, la nobleza de estilo de Rafael, las delicadas tintas del Ticiano, el colorido de Rubens, el génio imitativo de Joanes y la dulzura de Murillo, ó cuando no, conocer tan á fondo la poesía como Horacio, Blair ó Levêque y profundizar tanto la condición de la mujer como Roussel, Ollivier y Aimé Martin.

Mas á pesar de carecer, señores, de aquellas sublimes dotes que enriquecieron el arte y de estos conocimientos que ensanchan la literatura y las ciencias sociales, no vacilo en afirmar que la mujer y la poesía, en su respectiva esfera, ven los primeros albores con identidad de fines; muestran al traves de las edades un asombroso paralelismo; afectan las mismas condiciones de existencia; gozan de iguales relaciones; son susceptibles de análogas variantes y para ser dignas han de estar bañadas por el rocío celestial del catolicismo.

Y en efecto: si el Génesis nos revela que formados los cielos y la tierra, la luz y el firmamento, los mares y las plantas, las flores y los animales, aparece en el jardín plantado por el mismo Dios y acariciado por un soplo Divino el rey de la creación y se siente la necesidad de la formación de la mujer para perpetuar la familia humana; la mitología, aunque en escala inferior, nos dice que la poesía dejó oír sus acentos en la infancia de las sociedades para constituir las y civilizarlas, que los primitivos legisladores del Oriente eran unos venerables solitarios que cantaban á sus Dioses al compás de su lira, y que las instituciones de Amfion, de Cadmo y de Or-

feo, no eran otra cosa que sonoras y poéticas lecciones que de sus lábios escuchaba un pueblo embelesado; si la historia con la conciencia distinguen la continuidad de la mujer por mas que represente la degradacion en ciertos pueblos de Oriente, el menosprecio en la Persia, la tiranía en la India, el envilecimiento en Africa, la impudencia en Lacedemonia, la opresion en Atenas, el asqueroso sensualismo en la Roma de los Césares, la tradicion con la experiencia, enseñan tambien que en las circunstancias mas difíciles, en los climas mas duros, donde quiera que el hombre ha levantado su tienda ó construido su cabaña, allí la poesía, esa encantadora hija del cielo, ha bajado de él como un ángel de paz y de consuelo para sonreír en sus alegrías y enjugar el llanto en sus dolores; que lo mismo el lapon en su desierto de hielo, que el negro en sus abrazadas arenas rinden homenaje á la poesía al murmurar sus cánticos de amor ó al entonar sus reposadas canciones.

Si penetramos en el inmenso campo de la historia y recorremos esa larga cadena de siglos, cuyos eslabones están formados por las generaciones que se suceden sin cesar, veremos que en todos los instantes marchan armónicas la excelencia de la poesía, con la consideracion social que alcanza la mujer.

Y tanto es así, que si en las primitivas sociedades del Oriente se descubre oscurecida y menospreciada la mujer, no os esforceis en oír los melodiosos acentos de las hijas de Apolo, porque estos se perderán en la inmensidad del olvido que si en las riberas que bañan el Jonio y el Egeo, Píndaro y Anacreonte cantan el sentimiento, Homero ensalza las glorias de la patria, Sófoeles y Eurípides describen la sociedad que les rodea, Hesiodo y Arato instruyen deleitando, allí tambien se admira la belleza de la mujer, se la deifica en

Venus, Astrea, Temis y Minerva y se le erigen templos suntuosos; que si al nacer el pueblo rey tiende á afianzarse en el rapto de las sabinas, muy en breve procura su engrandecimiento con los cantos Arvales y las invocaciones de los sacerdotes; si la virtud é influjo de Lucrecia y de Virginia derrumban el ominoso poder de los Tarquinos y Decemvros, las Musas se complacen dulcemente al escuchar la inspirada voz de Horacio, de Ovidio y de Virgilio; y si mas tarde la vida disoluta de las matronas romanas las precipita en el camino del vicio y de la desgracia, sabido es que los esfuerzos de Séneca, Lucano y Juvenal son impotentes para detener la decadencia de la poesía.

Si dejando correr el tiempo fijamos la vista en la época de la galanteria y de los hábitos caballerescos, observaremos que tan luego como la mujer es el ente ideal que domina en las batallas y la dispensadora de los premios en las fiestas, nacen los trovadores y embelezan el mundo con el lirismo de la *Gaya-sciencia*.

Y prescindiendo, por ahora, de exponer como la poesía en la época que alcanzamos se aparta de su verdadero fin al compás de no verse en la mujer al ángel tutelar de la sociedad, á la flor que embellece el árido campo de la vida; advertid que si al través de los siglos la poesía recorre desde la máxima vaga ó el cuento insípido, vigorizados con el balago de una rima incierta ó de una medida informe hasta la armonia y elegancia y los cuadros complicados y sublimes de la Iliada ó la Eneida; desde el carro y las heces de tespis hasta el grande espectáculo que ofrecian la Ifiginia ó Tancredo; la mujer ha llevado con gloria sobre su cabeza todas las coronas que en el mundo simbolizan todas las magestades, desde las coronas de oro y pedreria que represen-

tan la magestad del poder, hasta las coronas de laurel que expresan la magestad del genio ó las de flores que constituyen el emblema de la virtud que lucha y vence en los continuados combates de la vida.

Mas la poesía y la mujer no solo reconocen en su origen idénticos fines y marchan armónicas en su desenvolvimiento, sino que afectan las mismas condiciones de existencia.

Y á la verdad, señores. ¿Qué es la poesía? La poesía es la primera de las artes y de sus manifestaciones, se asienta sobre la imaginacion, sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable ó de velo para defenderla, enseña á la infancia, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu humano, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud y abre el templo de la gloria al heroismo.

¿Qué es la mujer? La mujer es la criatura mas bella de cuantas existen en esta terrestre mansion, ya que arrebatada á las rosas sus colores, á la nieve su blancura, á las estrellas su luz y á las ondulantes aguas del mar sus contornos mas suaves; vive al calor del sentimiento que es el móvil de sus acciones, el despertador de sus virtudes, el estímulo de sus grandes hechos, el que unas veces le impele á la vida solitaria y á consumir su existencia en el ejercicio de la oracion que dirige al cielo entre las armonías del órgano y el aroma del incienso, otras le impulsa á unirse á un hombre con vínculos indisolubles y mirarle como el idolo de sus pensamientos y de sus afecciones, ó á idolatrar á sus hijos con un cariño tan tierno y acendrado que sacrifica á su bienestar su reposo, sus goces, sus placeres y deseos, ó á ejercer la caridad enjugando lágrimas, dulcificando penas, socorriendo al desvalido, cuidando al que gime entre angustias y dolores.

Mas no es esto solo; la mujer es tambien el misterioso lazo que une al cielo con la tierra y el manantial fecundo de toda inspiracion.

La historia está llena de rasgos brillantes y de admirables conversiones debidas á la influencia de la mujer y los nombres de Cecilia, de Clotilde, de Mónica y otros mil de todas las naciones y de todos los siglos serán siempre monumentos de gloria para el sexo á que pertenecieron y que honraron con sus esclarecidas virtudes. La experiencia nos revela que si lucha el guerrero con heroismo, si pide y alcanza el artista torrentes de inspiracion, si mendiga honores el cortesano, de cierto esperan mas que el aplauso del mundo, la dulce sonrisa de unos lábios de coral y sinó ¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera el Petrarca sin su Laura?

Enmudeced, pues, difamadores del sexo bello ante la voz de la historia y los gritos de la experiencia, ya que si hubo una Eva en el Paraiso, hubo una María de Nazareth, en el Calvario; si han existido las Elenas y las Cleopatras, el mundo ha admirado y admirará siempre á las Juanas de Arco y á las Isabeles de Castilla.

Mas comprended, señores, que los lazos que estrechan y armonizan las dos entidades cuyo brillo hierre nuestros ojos, fueran harto quebradizos, sino gozaran dentro de su naturaleza propia, de análogas relaciones y de parecidas variantes.

Y en efecto; el literato que se deleita en descubrir el enlace que une las manifestaciones todas de la palabra, admira en la poesía el foco luminoso que presta colorido á todas las composiciones, el rocío celestial que embellece á cuanto toca, el ropaje con que se engalanan las formas

todas que el pensamiento afecta al pasar de la velada esfera en que reside al campo contradictorio de la expresion, el fuego que comunica calor á los productos todos del ingenio humano; y sino, decidme ¿qué fuera la oratoria sin la belleza de las imágenes, la sublimidad del pensamiento, la energía de la dicción, en una palabra, sin las alas que le presta la poesía para remontarse á la altura en que la colocaron, en lo antiguo, Pericles, Demóstenes y Ciceron; en los tiempos medios, San Gregorio, San Hilario y San Bernardo, y en la época moderna, el sublime Bossuet, el enérgico Bourdaloue y el apasionado Massillon? ¿Qué fuera del género histórico sin la fuerza de la fantasía, sin el interés y la belleza poética de que deben revestirse las grandes catástrofes, las pasiones mas vehementes, los caracteres mas elevados? Observad que el historiador que no cubra sus trabajos con el vistoso ropaje de la poesía no alcanzará lo plausible de su objeto por mas que reuna á la gravedad de la historia el interés de las memorias, por mas que sea á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froisard y se levante sobre los principios generales de las modernas escuelas. Y decidme, por último, Hesiodo en Grecia, Horacio en Roma, Pope en los tiempos modernos ¿alcanzaron la aceptacion que han merecido si no hubiesen puesto la poesía al servicio del arte ó de la ciencia?

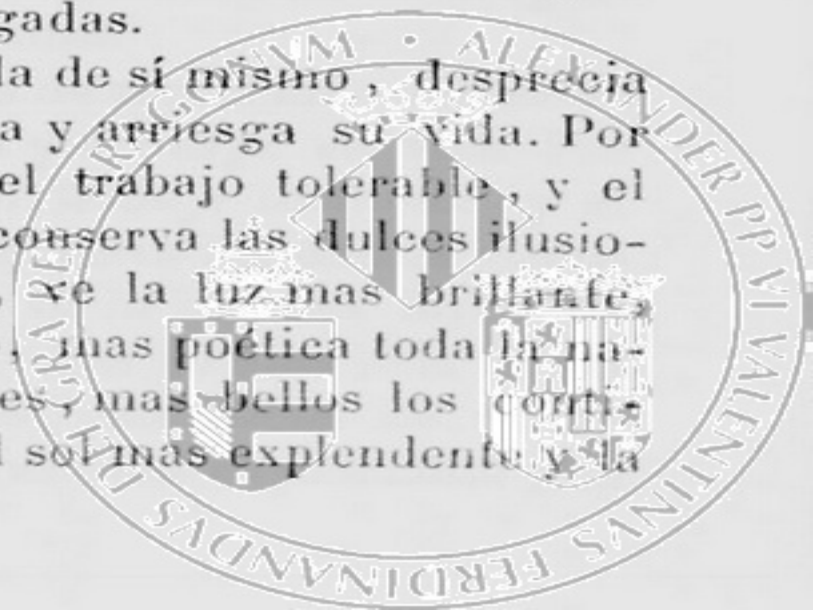
Ahora bien, señores, si en el orden literario la poesía presta sus poderosas alas á la oratoria, embellece y derrama todo su interés en la historia é infiltra la ciencia a través de la fascinacion que producen sus atractivos ¿habrá alguno que se atreva á negar que la mujer, en el orden social, embellece y siembra de flores el árido camino de la vida del hombre, forma el corazón de la juventud y es el

ángel tutelar que enjuga las lágrimas y comparte los males que forman la realidad de esta vida trabajada?

El hombre que domina la naturaleza toda, que elude los efectos de la electricidad apoderándose del rayo y dándole la dirección que mas le place, que asciende á elevadas regiones do la altiva águila no ha osado penetrar; que surca los mares con extraordinaria rapidéz sin esperar el viento que enchía las velas y empujaba, merced á la caprichosa y voluble dirección de sus corrientes, los antiguos bajeles; que trasmite su palabra á medida que la pronuncia á las mas apartadas regiones y que reproduce de una manera instantánea los bellos paisajes de la naturaleza, los monumentos artísticos mas notables y los cuadros de los eminentes pintores de todas las épocas, necesita engastar su alma con la de otro sér que complete su personalidad á la manera como se confunde el aroma de dos violetas nacidas en un mismo tallo ó mecidas por el blando céfiro de la noche.

El hombre, permítaseme decirlo, encuentra en la mujer á quien estrecha la bendición de la Iglesia, ayuda en su trabajo, consuelo en sus aflicciones, esperanza en sus quebrantos, valor en sus vicisitudes, resignación en su desgracia, y contento en sus horas sosegadas.

Por la mujer, el hombre se olvida de sí mismo, desprecia los peligros, compromete su fortuna y arriesga su vida. Por la mujer se hace la vida lijera, el trabajo tolerable, y el tiempo menos duradero. Por ella conserva las dulces ilusiones que hacen mas gratos sus dias, ve la luz mas brillante, el cielo de un color azul mas puro, mas poética toda la naturaleza, mas magestuosos los mares, mas bellos los continentes, las flores mas hermosas, el sol mas esplendente y la



luna mas encantadora. Al influjo de su mágico nombre, adquieren vida los objetos mas inertes, y aunque mudos, todos hablan al corazon del hombre, el ronco són de un insecto, el murmullo de un arroyo, el graznido de ave misteriosa se convierten para él en suaves y encantadoras melodías.

Enmudeced tambien enemigos de esa union sublime, y que, obra de Dios y elevada mas tarde á la categoría de Sacramento, atraviesa los siglos y salva las distancias, y si alegais ¡hombres degenerados! que vivieron en soltería y fueron grandes Alejandro y Anibal, Platon y Homero, Virgilio y Horacio, advertid que un millar de héroes por cada Alejandro y cada Anibal, un millar de filósofos por cada Platon, y muchos millares de poetas por cada Homero y cada Horacio y cada Virgilio, en medio de sus dotes y grandezas, han doblado la cerviz bajo el yugo de himeneo.

Mas pasando ya de las relaciones á las variantes de que son susceptibles la nacida en el Paraiso, y la que, segun la mitología, emana de la fuente Castalia, corresponde exponer como la variedad y delicadeza de sentimientos; el heroismo y grandeza de las acciones; los rasgos apasionados y la energía de caracteres; el interés que infiltra la doctrina con el mayor agrado que dan vida en la literatura respectivamente á la poesía lírica, épica, dramática y didáctica, se encuentran tambien en la mujer y la constituyen en ejemplos vivos de todas esas poéticas manifestaciones.

Y en efecto; dirigid vuestra mirada al mundo que nos rodea, y aquí vereis á la mujer que anida en su corazon el sentimiento del amor, sentimiento que segun los poetas, es como la luna que boga magestosamente en un mar inmenso de azul, como la blanca nubecilla que flota en la region de las estrellas y como la gota de rocío despreciosa

desde el cielo sobre el amargo cáliz de la vida, y allá contemplareis á la mujer que en la pérdida de su compañero vé abrirse á sus piés la tumba de todas sus esperanzas, que al través de todos los azares de la vida conserva la castidad que, segun expresion de San Gerónimo, es la mas difícil y meritoria, y que mira en la viudéz una ausencia mas ó menos prolongada de aquel que fue su dueño; mirad una y otra vez y decidme ¿No son estos séres testimonios líricos los mas perfectos y acabados?

Mas no os sorprendan aun estos ejemplos, abrid los ojos y observad cómo la jóven se despide de las esperanzas del mundo para estasiarse de gozo en la esperanza del cielo, cómo deshace las gigantescas olas de las pasiones que se elevan en el proceloso mar de la vida al chocar contra el débil muro de retirada celda ó de escondido huertecillo, rico de aromas y de melancólica poesía, y esmaltado de flores virginales, y cómo se deleita en decir un adios al mundo de los sentidos para volar al de la mas pura idealidad, donde le espera el noviciado de la gloria y de la inefable realizacion del bien.

Abrid los ojos y observad tambien á esos ángeles de amor, cuya santa vestidura flota lo mismo en las regiones del polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador, cuyos auxilios son en el campo de batalla la enseña gloriosa de la misericordia, y en las ciudades el emblema de la ternura y la beneficencia; cuyas palabras de resignacion y de consuelo son el único rayo de luz que vislumbra el desvalido en las lentas horas del padecer, y cuyo paso por la tierra asemeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar, y decidme con voz sincera, esas hijas que

cielo, madres de los desvalidos y hermanas de la caridad ¿no ostentan en su proceder un heroismo mas propio de la epopeya que el de aquellos adalides que desbaratan ejércitos, destruyen ciudades, visten la férrea cota y empuñan de continuo los bárbaros instrumentos de guerra y exterminio? ¡Ay Señores! estos héroes no producen el llanto pero lo enjugan; no causan las heridas pero las curan; no pelean en el campo, pero combaten contra enemigos mas poderosos que los ejércitos aguerridos, y las fortalezas al parecer inexpugnables. El sol no tuesta sus mejillas, pero la marchita la abstinencia y la mortificación. Es su arreo marcial una blanca toca, sus armas la oracion, su corona de victoria el laurel inmarcesible de la inmortalidad.

Reparad, hombres del siglo XIX, en la modestia de la mujer como el fondo sobre el cual resaltan todas sus perfecciones, la imágen de la hermosura y la imágen del talento, en esa virtud desalojada del Olimpo por acompañar á todas las virtudes; en las lágrimas que derrama como lluvia suave y benéfica en que se resuelven las tempestades del corazon, ó como el grato rocío que esmalta los pensamientos mas puros y delicados del alma; en su melancolía, en esa mezcla de placer y de amargura que simboliza el triunfo del corazon sobre los sentidos, que respira en una atmósfera de soledad y semeja al tibio destello del sol que se pone en un confín para alumbrar en el otro con resplandores mas vivos; en su talento que no consiste en escribir libros, ni en perorar, sino en dominar á su placer, con la sola autoridad de sus gracias y de sus dotes á los que escriben los libros y á los que peroran, y aun á los mismos que las vituperan y las compadeceen; en su esperanza que con mano misteriosa le acerca á lo que desea y la aparta de lo que teme, que constituye la vida

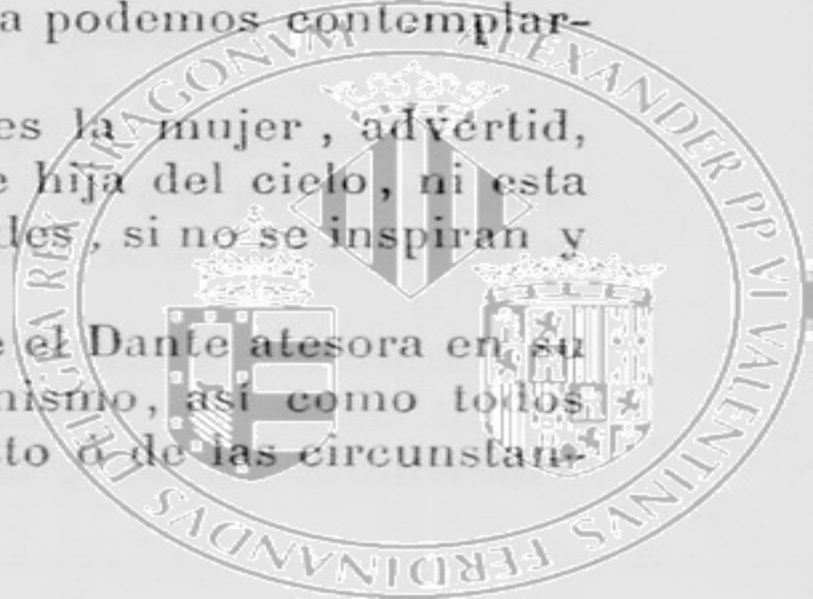
entera de la mujer y es luz suavísima , que dora los lejanos horizontes de lo porvenir ó fuerza misteriosa que ayuda contra los embates del infortunio ; y decidme si todos esos rasgos dramáticos no han inspirado á Corneille , Racine , Moliere y Shakespeare las mas bellas concepciones de su fantasía.

Si para dar por ultimado el cuadro que vengo delineando apeteceis que os señale en el órden social un tipo que simbolice la poesía didáctica , me bastará pronunciar un nombre que está escrito en todos los corazones y que es el mas dulce de cuantos escaparse pueden de todos los lábios.

¿Ignorais por ventura qué nos representa ese nombre? Pues nos indica á la mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida , en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza , que nos acariciaba , que oprimia entre las suyas nuestras manos , que besaba nuestra frente , que enjugaba nuestro llanto , que nos mecía , por fin , en sus brazos al eco blando de una balada de amor ; á la mujer que es nuestra providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida , nuestro apoyo mas firme en la niñez , nuestra amiga mas tierna y mas leal en los años borrascosos de la juventud ; al don mas preciado que el cielo pudo otorgarnos ; á la madre ¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Mas si esta es la poesía , si esta es la mujer , advertid , señores , que ni aquella podrá llamarse hija del cielo , ni esta decirse el ángel tutelar de las sociedades , si no se inspiran y se nutren en las verdades católicas.

Y en efecto ; todas las bellezas que el Dante atesora en su Divina comedia , dimanán del cristianismo , así como todos sus defectos se derivan de su mal gusto ó de las circunstan-



cias especiales de su siglo: la elevacion de pensamientos que alcanza Milton en su *Paraiso Perdido*, depende de conocer la verdadera religion, y por idéntica causa luce el ingenio de Racine en *Estér*, *Zaira* y *Atalia*; así como la *Henriada* es inferior al talento de Voltaire por faltarle el saludable contrapeso de la religion.

Además, el cristianismo hace nacer la poesía descriptiva; verdad es que Homero describe la gruta de Cíclope y el escudo de Aquiles; que Virgilio pinta cómo las golondrinas gorjean bajo el techo pajizo del rey Evandro, y Horacio, Tibulo, Propercio y Ovidio bosquejaron algunos paisages de la naturaleza; pero esto jamás pasó de un sitio sombrío favorecido por Morfeo; de un valle donde debia bajar Citerea ó de una fuente donde descansaba Baco en el seno de las Náyades, ya que era menester la doctrina Católica para desterrar toda aquella multitud de faunos, sátiros y ninfas y volver á las grutas su silencio, y á los bosques su ilusion y para entrar el verdadero Dios en sus obras dando su inmensidad á la naturaleza.

La pintura poética de los caractéres necesita tambien del catolicismo; si sustrayéndose á su influencia se quiere presentar á los esposos, se exhibirán á Ulises y Penélope de Homero, y no á Adan y Eva de Milton; si se desea dibujar á la madre, ésta será la Andrómaca de Eurípides ó de Virgilio, y no la Andrómaca de Racine; si conviene descubrir al hijo, éste será el fogoso Aquiles ó el dócil Telémaco, pero no el interesante Guzman; si se aspira á la intervencion del sacerdote, éste será la Sibila de Virgilio, no el edificante Ioad de Racine.

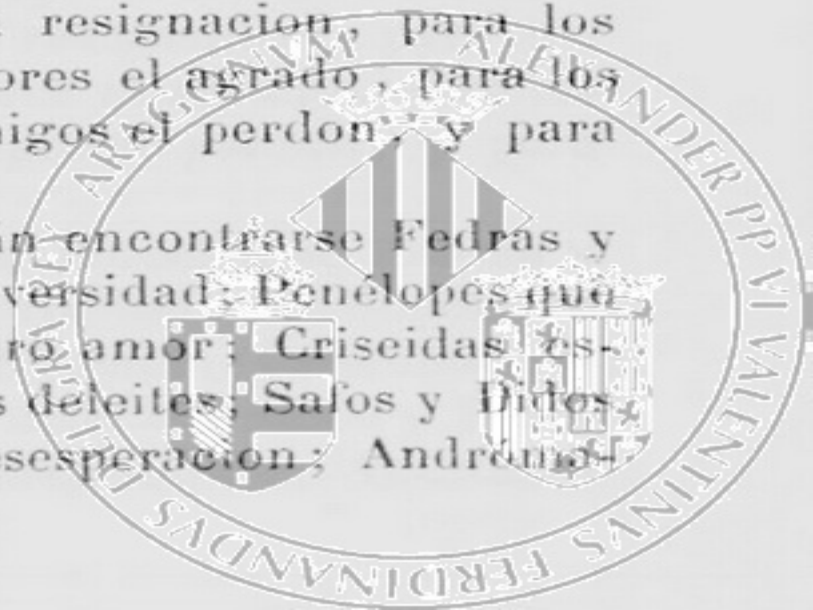
Y por fin, la poesía, señores, no es el hermoso ropaje con que se cubre el pensamiento, bueno solo para agradar

á los ojos y satisfacer la vanidad, sino el manantial de los placeres puros de la belleza y como esta es inseparable de la verdad y la verdad no existe fuera de las máximas del catolicismo, no es preciso decir que sin sus sublimes inspiraciones no hay ni puede haber verdadera poesía.

Idéntica suerte cabe á la mujer que vive apartada del suave influjo de la moral evangélica, ya que la mujer que no cree es muy difícil que sea buena esposa, es casi imposible que sea buena madre; la mujer que no espera es una planta seca y sombría en medio de la sociedad y la mujer que no ama, que no se compadece, que no siente, debe reputarse como el baldon y el oprobio de su sexo.

Solo la mujer católica puede acariciar el sentimiento de la oda, ofrecer el heroismo de la epopeya, los nobles caracteres del drama y las saludables enseñanzas de la didáctica; ya que solo la mujer católica, cuando niña, mata en germen la vanidad, cuando jóven hace resaltar como virtudes la modestia y el pudor, cuando amante enseña la honestidad y pureza del cariño, cuando esposa muestra la fidelidad inalterable y la obediencia justa; toda vez que solo la mujer católica enseña la moderacion en las alegrías, en los infortunios la conformidad, en la opulencia el noble desprendimiento, en la pobreza la santa resignacion, para los superiores el respeto, para los inferiores el agrado, para los amigos la constancia, para los enemigos el perdón; y para todos, en fin, la caridad.

Fuera del catolicismo solo podrán encontrarse Fedras y Medeas que se lancen á una fatal perversidad; Penélopes que engañen á quienes les profese un puro amor; Criseidas esclavizadas y destinadas á repugnantes deleites; Safo y Didos que se entreguen en brazos de la desesperacion; Andrómacas



cas que aparten á sus esposos del cumplimiento del deber; Helenas que quebranten la fidelidad de sus juramentos.

Pues bien; si el campo que no se riega y fertiliza por las corrientes que emanaron de la boca del Justo y fluyen de continuo de su Iglesia Santa ofrece solo abrojos y aridéz para el poeta y envilecimiento para la mujer, apartad de él vuestra mirada y penetrad en el ameno jardin del catolicismo con el candor de la antigua Rebeca, con la galanura de Raquel, con el heroismo de Débora, con el temple de alma de Judit, con la fortaleza de Ester, con la prudencia de Abigail, con la incorruptibilidad de Abisag, seguros que al efectuarlo así y solo así recibirá el vate torrentes de inspiracion y vosotras percibireis el aroma de esa flor lozana que se levanta en el camino de la vida y recibe el mágico nombre de virtud.

Colocaos, pues, mujeres y poetas del siglo en que vivimos bajo el anchuroso manto de la Iglesia de Pedro, para poder decir todos unánimes y en verdad, que si la poesía embellece con sus galas la literatura y la mujer endulza con sus dotes y atractivos á la sociedad, llena los cielos y engrandece el universo todo la Concepcion Inmaculada de María.— HE DICHO.



